

Zonas de alteridad

Gregorio Samsa cumple cien años

Mauricio Molina

Una mañana, después de un sueño intranquilo, me desperté convertido en un monstruoso insecto: mi primera lectura de *La metamorfosis* de Franz Kafka data de mi más temprana adolescencia. Debo de haber tenido trece o catorce años, en plena edad del pavo, cuando me aproximé a ese libro con los ojos del asombro. Era la época en que ya había leído por supuesto a E. A. Poe y andaba leyendo cosas como *Los mitos de Cthulhu* publicados en Alianza Editorial, y de esa misma casa era mi edición de *La metamorfosis*. Lo recuerdo bien: un ejemplar negro que llevaba, a modo de subtítulo, “Traducción de Jorge Luis Borges”. A diferencia de aquellas otras lecturas, plenas del placer morboso y sensual del horror, la lectura de Kafka produjo en mí sensaciones muy diferentes. En primer lugar, la prosa ceñida, poco adjetivada y una ambientación austera, parafraseando a Nietzsche, como de un “astro sin atmósfera”. El pequeño libro me inquietaba y me angustiaba de un modo diferente a los mundos de Poe y Lovecraft. En estos las mutaciones propias del paso de la pubertad adquirirían una naturaleza, si bien ominosa, plena de sentido: mi cuerpo estaba cambiando como los seres que se descomponían de la literatura de terror. En Kafka en cambio había una desazón un poco más profunda, ontológica, si se quiere. La angustiante transformación de Gregorio Samsa en insecto, con sus patitas innumerables, postrado boca arriba sobre su cama, me dejaba pasmado. Otra forma de leer estaba naciendo en mí y, con ella, otra manera de concebir la literatura, como poco después me sucedió con la frecuentación de Borges o Rimbaud. Mis ojos sorprendidos accedían a una comprensión cabal de lo moderno, al grado que no me fue difi-



Franz Kafka

cil asociar *La metamorfosis* con los libros de Dalí o Paul Klee que había en mi casa.

Algunos de los grandes lectores de Kafka, como Roberto Calasso y Harold Bloom, dan a *La metamorfosis* una importancia casi lateral. Evidentemente frente a catedrales como *El proceso* o *El castillo*, o frente a cuentos como “La condena”, “La construcción de la muralla china” o “La guarida”, “El cazador Gracchus”, sin mencionar los *Aforismos de Zürau* o los *Diarios*, la *Carta al padre* o las cartas a Milena —y toda su correspondencia—, hay en *La metamorfosis* la sensación de una obra embrionaria: en plena transformación. Sólo Vladimir Nabokov, en sus *Lecciones de literatura*, dio a *La metamorfosis* el estatuto de una obra maestra al lado de *Dr. Jekyll y Mr. Hyde*, de Stevenson, *Por el camino de Swann*, de Marcel Proust o el *Ulises*, de James Joyce.

Pero regresemos a *La metamorfosis*. Hoy se discute si no sería mejor titularla más llana y literalmente *La transformación* (*Die Verwandlung*, en el original, en alemán). En todo caso podríamos emplear también la palabra “Transfiguración”. Sin embargo, el uso en nuestra lengua nos ha llevado a conocerla como *La metamorfosis*. A mí en lo personal me parece un título que

viene al caso gracias a aquella máxima de Borges acerca de que el título debe ser la metáfora esencial de un libro.

Volviendo a Harold Bloom, en su raro libro *Cuentos y cuentistas. El canon del cuento*, apunta que Kafka es una suerte de cabalista moderno, alguien que explora los significados ocultos, los mensajes cifrados, o que los crea y los produce. Más allá de esta concepción rabínica (al fin y al cabo los escritores producimos mensajes secretos y significados ocultos consciente o inconscientemente), podemos encontrar en *La metamorfosis* una rara cualidad numérica. El número tres aparece por todas partes: tres puertas en la habitación de Gregorio, tres miembros de la familia, tres inquilinos; el relato, además se divide en tres partes. La cuestión familiar es interesante: están el padre, la madre y la hermana. Gregorio es un residuo, algo que rompe el orden tripartito, la tríada perfecta. Este carácter residual de Gregorio viene a cuento también si acudimos al hermoso libro *K*, de Roberto Calasso, uno de los grandes ensayos sobre el autor de *El castillo* que se han escrito hasta ahora. Ahí también Gregorio, como Josef K., de *El proceso*, K., de *El castillo*, Josefina la cantora, el mono de “Informe para una

Academia”, el cazador Gracchus, que está muerto pero vive al mismo tiempo, es visto como un ser alógeno, extraño al orden del mundo. Gregorio, pues, forma parte de toda una galería de personajes residuales que pueblan el corpus kafkiano.

Gregorio se ha transformado en algo que pertenece a este mundo y al mismo tiempo deja de ser parte de él. Esa es su condena y acaso también la revelación de su naturaleza híbrida. Exiliado en su propia habitación, extranjero para su propia familia, repudiado por su padre (quien lo hiere de muerte con una manzana en un costado), aferrado al retrato que ha recortado de una revista de una mujer que tiene colgado un armiño (la imagen de lo suave pegada a su exoesqueleto me intriga), Gregorio sobrevive unos cuantos días a su condición y sólo accede a momentos de placer al comer comida descompuesta o al escuchar a su hermana tocar el violín desde la oscuridad de su habitación mientras su familia disfruta

de la música y de una buena cena alrededor del fuego.

Nabokov apunta un dato importante en torno al extrañamiento en *La metamorfosis*: o todos han sufrido una transformación también o todos están locos. Cualquiera que viera convertido a su hermano o a su hijo en un insecto saldría corriendo a la calle gritando para pedir ayuda o consuelo. Sin embargo, eso no pasa: incluso el abominable jefe de la oficina donde trabaja Gregorio, al escucharlo emitir extraños sonidos al otro lado de la puerta, lo único que hace es despreciarlo. Yo añadiría que el genio de Kafka reside en hacernos ver que la realidad misma es la que se ha transfigurado, que Gregorio convertido en insecto, la familia a la larga impasible e indiferente, forman parte de un orden secreto, infernal, que prefigura la insondable naturaleza de la culpa en *El proceso*.

Una de las más recientes ediciones de *La metamorfosis* en lengua inglesa fue prologada por el director de cine David Cro-

nenberg, quien hace una comparación entre la obra de Kafka y su película *La mosca*, estableciendo una influencia fundacional de todo un tema literario contemporáneo: la conversión del ser humano en insecto. En su libro *Kafka: por una literatura menor*, Deleuze y Guattari nos hablan de la obsesión kafkiana por el devenir animal. Ya sea Josefina en el pueblo de los cantores, el animal de “La guarida”, el topo, el mono o el perro, lo mismo que el escarabajo, hay una obsesión del autor de *El proceso* por lo animal y se podría hacer todo un bestiario que incluiría al misterioso Odradek, un ser hecho de un carrete de hilo sostenido por un par de palitos.

La reciente versión de César Aira, publicada por la editorial Era, es un excelente recordatorio de la vigencia de Kafka y de *La metamorfosis* a cien años de su publicación. **U**

Franz Kafka, *La metamorfosis*, traducción y prólogo de César Aira, Era, México, 2013, 99 pp.

